

TENCHA, LA PEREGRINA



Humberto Díaz Casanueva.
Poeta, diplomático; embajador del gobierno del Presidente Allende ante Naciones Unidas.

La vi por primera vez en una exposición de algunos dibujos que traje de Alemania, de Käte Kollwitz, la gran artista perseguida por los na-O-nazis. Tencha, juvenil y fosforescente, con grandes ojos verdes, y el deslizamiento de un largo collar de gruesas piedras submarinas. Entonces, ayudaba a Salvador en la confección de su libro sobre la aflicciones sociales de la salud en Chile. No era fortuito verla en una exposición: siempre tuvo inclinaciones artísticas y literarias. Mantenía lazos de amistad con Ruffo y Onetti. Se trabó una gran amistad con Salvador y Tencha; ambos fueron tiernos y generosos conmigo. En casa de los Allende conocí a Eduardo Frei. Eran tiempos promisorios, con surcos y sinuosidades. Era una vida sin oráculo, sujeta a contingencias. Como "primera dama", Tencha cumplió sus deberes sin difuminarse ni

resaltar. Asumió su responsabilidad, imperturbable, como parece ser, recta, sin desparramarse, fija en sus objetivos, dedicada a grandes tareas, partícipe de la misión encomendada por el pueblo a un Presidente acosado.

No sé cómo se escapó de la masacre, pero México la acogió y la reconfortó. Aquí comienza otra Tencha que ni ella misma hubiera soñado. ¿De dónde extrajo fuerzas tan pujantes? ¿Cómo exaltó el sentido de su existencia? ¿En qué forma llegó a sublimar tanto dolor, tanta tragedia, que ha ensombrecido su vida a la vez que ha hecho brotar dentro de ella una luz como una estrella guiadora? Porque no se abatió ni se sumió en la clausura. Salió a la palestra del mundo y comenzó su peregrinaje con Chile, siempre Chile, como una aguja imantada en lo más hondo de su corazón.

Animada por la sombra viva y germinante de Salvador Allende, denunciando los sufrimientos de nuestro pueblo, su aherramiento, sus ansias de libertad y de justicia. Y saltó de un país al otro, tantos países, incansablemente, sin cesar, en la más alta intensidad de su espíritu, consciente de que su cruzada era: humanismo contra fascismo.

No peroraba sino que exponía, denunciaba con argumentos jurídicos y morales, sin odios, sin encono, con fe, serenidad, estoicismo. Frágil de aspecto, pero firme, real, explícita. Tencha infunde ternura, reverencia, cariño. Así fue recibida por gobernantes, intelectuales, masas populares como la mensajera no sólo de un país del Tercer Mundo sobre el cual ha caído un velo de espesa bruma sino también como la reveladora de nuevos valores que han de traspasar la civilización occidental si no quiere asfixiarse en su propio progreso menospreciando la dignidad humana.

Pero Tencha, en su peregrinaje, no sólo se refería a los problemas de nuestra patria. Ella participó en congresos, seminarios, cónclaves, relacionados con los

derechos humanos, las libertades fundamentales, el desarrollo social y económico. Con entusiasmo y con ahínco, intervenía en reuniones en que se trataban, especialmente, cuestiones relacionadas con la liberación de la mujer y el bienestar y desarrollo de los niños. Yo la he escuchado, en el seno de las Naciones Unidas, condenar el "apartheid", clamar por la libertad de Namibia, y reprobar la opresión sudafricana.

Después de quince tremendos años Tencha ha vuelto a su tierra natal. La emoción no la hecho perder su serenidad. Tras huellas indelebles, ha recorrido la vía del Calvario, segura de la resurrección de Chile en armonía, derecho prosperidad y democracia auténtica. Ha venido como una primavera dentro de la primavera, a una tierra en que hoy, más que nunca, florece la sangre de sus mártires, en vísperas de un acontecimiento histórico y que ha de determinar nuestro futuro. Al llegar Tencha, el pueblo se abalanzó a tocar hija tan predilecta, tan leal, que supo representar ante el mundo sus infortunios y sus esperanzas.



Tencha y Jorge Lavanderos en el Luna Park de Buenos Aires. 1986.